

La tía Sanguijuela

Los primeros rayos del sol penetraron en aquella estancia y no lograron imprimir el sello de la alegría, tan propio del saludo del astro del día. Un niño, encanto de aquella morada pobre y sencilla, pero tranquila y feliz, sufría los rigores de una fiebre alta y mortífera y Andrés, aquel obrero honrado dispuesto á resistir las más rudas embestidas del trabajo, cedía ante aquella silueta que representaba la próxima pérdida del motivo de sus consuelos y esperanzas. Y Rosa, la desventurada madre del enfermito, sufría junto á la cuna lo que sólo una madre sabría explicar en momentos de tan terrible angustia.

La puerta del aposento cedió para dar entrada á la tía Sanguijuela, conocida así en el lugar por ser fama de que absorbía la sangre de sus convecinos de una manera grosera y criminal. Cien duros le dejó al morir su pariente, y con éstos vivía ya treinta años y cuentan que los había casi multiplicado

misterios que la razón
jamás pudo comprender

situada al lado de la pobrecita madre, que no podía contener los suspiros de su corazón, la consolaba con estas frases, propias de aquellos labios impuros y egoístas.

—No llores, hija, no llores; en verdad que es una lástima ver sufrir á un ser tan inocente, pero mucho peor sería que fuera Andrés el que faltara y te sumiera con su muerte en la más horrorosa miseria. El niño al fin ni descompone casa, ni puede en manera alguna serte útil para tu bienestar...

Un prolongado suspiro de Rosa fue el final de aquellas frases proferidas por la tía Sanguijuela.



Han pasado veinte años. Aquel niño á quien matara la fiebre salió vencedor de la muerte, pero otra vez aquella pobre morada vivía presa del más duro desconsuelo y tampoco el astro del día tenía fuerza para desgarrar el negro capuz que se cernía sobre ella.

Esta vez era Andrés, el honrado Andrés, aquel rudo hijo del trabajo el que sucumbía al filo de una pulmonía fulgurante; y otra vez la tía Sanguijuela ejercía de *angel consolador* al lado de la amantísima y atribulada esposa.

—No, hija mía, no; no ofendas al Señor con tus extremos. Triste, muy triste es ver morir á un ser tan querido, pero ya ves Andrés no descompone casa; el trabajo lo tiene inútil ó poco menos, es ya un cuerpo sin energías y frizando en la ancianidad; peor sería que te faltara tu hijo, ese mocetón robusto y fuerte que es el encargado de cuidar de tu ancianidad. Él es bueno y no dejará de llevar á tu boca el pedazo de pan que necesitas para tu sustento...

Y murió Andrés, trasto casi inútil para las funciones de la vida, y de igual manera que arrojamos la máquina inservible, arrojamos á aquel hombre á quien la humanidad llamó

prógimo, ó ciudadano, ó ser libre y superior, pero de quien en realidad no exige más méritos que los que la comedianta tía Sanguijuela, y ya muerto, á la tierra con él... y otro al puesto.

Si la idea ultraterrena no tuviera en nosotros profundas raíces, si no tuviéramos la dulce y consoladora esperanza de que nuestra dignidad suba á medida que esperamos en el más allá, habría que crearla para dulcificar la prosa groserísima del materialismo que á veces nos concede menos consideración que al burro de carga.

Y que la vida está retratada en Andrés, y la sociedad personificada en la tía Sanguijuela lo dice con aplastante elocuencia la historia de los individuos y de los pueblos.

La sociedad nos tolera mientras desarrollamos nuestras actividades y energías; muertas ´debilitadas éstas, nos relega al más lastimoso olvido.

Si el individuo se distinguió extraordinariamente en su paso por el mundo, su recuerdo y su nombre durarán cien años ó doscientos años más, para luego desaparecer eternamente, y en las profundidades del olvido vivirán revueltos los nombres más prosáicos, con los de Hernan Cortés, Napoleón y otras celebridades mil.

Y entre tanto la idea de dignificar la materia sigue pujante y vigorosa en la moderna sociedad, y si el hombre es eso, si no ondea sobre sus frentes otra idea más elevada, si con corta diferencia es lo mismo ó poco menos que cualquier instrumento mecánico ó ser irracional, yo protesto de la obra de la formación del hombre.

Pero no. Tengo idea exacta del origen dignidad, títulos y finalidad de el, y al condenar á la sociedad que le explota y envilece, bendigo al que orló sus sienes con la corona incorruptible de la inmortalidad.

M. M. A.

De El Enguerino. Año II nº 52

**BRUJAS
PARTERAS
Y ENFERMERAS**

